

CÓDIGOS POÉTICO - AMOROSOS DE *EL RAYO QUE NO CESA Y CRISTALES MÍOS*

INMACULADAGÓMEZ VERA

En la insistente búsqueda de una musa que justifique la pasión amorosa de *El rayo que no cesa*, se han barajado varias posibilidades que sirvieran para materializar a esa fémina que atrajo la atención del vate oriolano hasta el extremo de eternizarla.

Entre esos nombres se encuentra el de María (del Mar) Cegarra Salcedo.

Del hecho de si la fuente inspiradora fue única o plural, no vamos a tratar aquí, pero dejaremos señalado la versatilidad de ese amor que unas veces se rinde a la voluntad de una diosa inconstante y caprichosa mientras, otras, se complace en el agravio o improprio lírico, a pesar de que en ambos casos suponga un vivir-muriendo emparentado con el amor destructor que observamos en la vertiente más telúrica de nuestra generación del 27. Lo cierto es, pues, que asistimos al despliegue de hasta tres actitudes amorosas bien distintas (la tercera se identificaría con el poema “Te me mueres...”) que bien pudieran tener su origen en una diversa procedencia o, por el contrario, corresponderse con un cambio en la percepción del objeto amoroso.

Cuando la revista murciana *Tránsito* (1979) decide rendirle un homenaje a Miguel Hernández (en adelante MH), aparece doblemente el nombre de María Cegarra (en adelante, MC): por un lado, la María evocadora, autora del poema “Presencia de Miguel”; por otro, la evocada, al erigirse en protagonista de una carta hasta dicha fecha inédita, donde se hacía pública una historia que se pasearía por los textos de Ferris (2000) o los artículos de Pérez Álvarez (2003) a partir de la muerte de Josefina Manresa: la relación Hernández-Cegarra.

El citado poema, junto a la epístola, podría quedarse en un mero elogio, que no elegía –porque como señalaba la autora, ni su memoria ni su nombre (el de MH) habían muerto para ella, si no fuera por las numerosas alusiones que hemos encontrado, referidas a una publicación de la propia MC: *Cristales míos*.

Este poemario ve la luz por vez primera en la imprenta de la cartagenera Ediciones Levante un 17 de abril de 1935, y se trata del libro al que MH hace referencia en la carta dirigida a nuestra autora, fechada por Sánchez Vidal (1993, 2359) en septiembre de 1935, donde se señala: “...He leído tu libro muy bien: ¡qué a la perfección te reflejan esos poemas femeninos, rociados de pólenes de las minas y el corazón, sumergidos en melancolía, mar, soledades!... me han con-

movido muchos de tus poemas y que te agradezco eternamente el mío”. Podemos inferir de estas últimas palabras que alguno/-s de los poemas contenidos en este libro va dedicado a él o inspirado por su persona. Pero tras la lectura detenida de dicho poemario puede observarse perfectamente que el carácter introvertido y discreto de MC escondía, entre líneas, otra serie de mensajes a su destinatario.

El libro, en principio, compuesto al regazo del recuerdo de su hermano Andrés –según nos indica Giménez Caballero (1935, 9) en su presentación-, sustentado por el vacío y la mirada omnipresente de la imagen varonil, contiene las vivencias de la autora hasta a primavera de 1935, incluidas sus relaciones artísticas y personales. Se trata de la “cristalización” o materialización de los sentimientos que esperan hacerse poesía (en palabras de su introductor, “mundo [que] sólo aspira... a cuajar en poema”) y que le sirven a MC para trasladarnos hasta un universo de ilusiones forjadas a raíz de una serie de relaciones no sólo fraternales, como señalara el director de *La Gaceta Literaria*. La ausencia de los seres queridos –que en unos casos nos conduce hacia el hermano y, en otros, hacia MH- es la piedra angular de este poemario. No necesitamos más que leer la última de las composiciones titulada “Mensaje”, tan escueta como significativa: “¡Cuánto tiempo que no oigo tu voz! Por escucharte, canto. Por saber de ti, he inventado este falso renacer!”.

Comparando los dos textos (“Presencia de Miguel” y *Cristales míos*), apreciamos cuánto de síntesis hay en el primero, la cantidad de memoria recogida en treinta y nueve versos y cuánto puede al respecto aclararnos la lectura de *Cristales...*, pues en ella descubrimos todo el contenido, los guiños, los mensajes implícitos de una mujer que vibraba con la presencia de MH y que **le proporcionó** algunas de las claves para elaborar *El rayo que no cesa*. Todo lo que acabamos de señalar podemos deducirlo de las correspondencias textuales entre ambos ya que encontraremos la ampliación y explicación del poema aparecido en Tránsito en la publicación de 1935. Es como si MC se hubiera propuesto hacer un recuento de sus sentimientos, de manera que “Presencia...” se transformara en la síntesis, como señalábamos al comienzo, de *Cristales...* pudiendo hablar no ya de intertextualidad, sino de conclusión, fe de vida; lo que no hizo en públicas declaraciones. Por ejemplo:

1. La emoción de saberse nombrada, emplazada, requerida por un ser concreto al inicio de “Presencia...”

“Nadie / -ni antes ni después de ti- / supo, sabe / pronunciar mi nombre...”

la escuchamos en dos ocasiones anteriores con extrema rotundidad: en el poema numerado como 55 de *Cristales...*,

“Como una bengala de alegría el arco de su acento en la primavera. -
¡Marujaaa...! Yo no acudo. Desde la orilla de mi silencio veo cómo el cielo se llena de borreguitos blancos.”

y en el último párrafo del 47,

“Más que parecerse, idénticos, los mismos en la sorpresa, gemelos en el decir ¡M-A-R-Í-A!, y esperar, como si lloviese el nombre en el silencio después de dicho, milagro de ellos sólo.”

donde vienen a confundirse las voces plurales del ausente (Andrés) y el presente (Miguel) en un unánime pretérito imperfecto con el que se abre este poema: “Se parecían”.

2. La evocación del poeta en el tratamiento de los aspectos líricos, desde su perspectiva de mujer recreada

“Hacías una creación de la palabra, / del tono, del sonido, del acento.”

aparecida ya en la simbiosis lenguaje-armonía, aspiración poética última:

“Es como un rumor de pasos que se alejan. Tú que conoces los sonidos dame el matiz compañero. Que no se propague, que amortigüe el eco de las indiferencias, que quede un reflejo de empeño, que nunca se acabe el susurro.” (nº25)

3. La individualidad artística del tú hernandiano, desde la visión de la artista:

“Voz nueva, distinta. / Con rumor de campos. / Alzada en solitaria espiga. Crecida en anchas claridades. / Levantada en blancuras de nubes y rebaño. / Despierta en ecos jamás aparecidos. / Tú asombrado al oírte. / Sorprendida, yo. / Alado hallazgo”.

reflejo de la peculiar sensibilidad del poeta-pastor, como muchos dieron en llamarlo hacia los años treinta.

“Tu voz es como un rocío de pétalos, como una primavera que cuajara en acentos; como si la pureza –flores, aromas, color, luz- sublimara en palabras.

Tu voz es vuelo y brisa –alas-, inquietud y sosiego, realidad y esperanza. Tu voz es la montaña si se volviera humilde –fortaleza hecha beso- y la llanura, llovida de estrellas –beso hecho cielo-”. (nº48)

4. El alcance del vuelo poético de MH:

“Emocionado palpitante vuelo, / con hondura de verso. / De cielo las alturas”.

contrastado con sus raíces,

“Llegó a la costa, de tierra adentro, y parecía desembarcado de una lancha de pescadores, remero de aguas y vientos, bravamente curtida la piel, alucinada la mirada verde blanquinosa brillante, apóstol de luces submarinas.

Sabía izar el color de los limoneros en sus mediodías oxidados, y anclar al cielo –él mástil- las anchuras ocres de los campos.

No tuvo nada que hacer el sol en su frente, ni el mar en sus sueños.” (nº43)

raíces que supo virar a conveniencia para que de sus palmeras manara la divinidad de las alturas y anclaran sus hojas en el subsuelo carcelario, como sucediera años más tarde con “Ascensión de la escoba”.

5. La originalidad de una voz forjada al abrigo de las “estrellas” y capaz de brillar con luz propia:

“¿En dónde hallaste el ‘¡María!’ / rotundo, sonoro, / a un tiempo débil, fuerte, / limpiamente nacido / en traslúcido aliento? / ¿De dónde los tactos de sus sílabas? / A tus llamadas me encontré”.

capaz de hacer vibrar las cosas con sólo nombrarlas:

“-¡M-A-R-Í-A! -Y aguardaba callado -¡él también!- que yo no respondiera, que me unguiera de sentirme bien llamada, que supiera del contacto mío con mi nombre”. (nº47)

La voz de Cegarra se fracciona como sucede con el prisma al ser atravesado por la luz, dejando ver los diferentes espectros: el de mujer, el de objeto lírico, el de amiga, el de artista... y el de amante.

Porque, después de este elogio del artista, MC pasará a hablarnos del hombre, estableciendo esa importancia que adquieren los pronombres en cualquier texto y que aquí se pone de manifiesto en:

6. La metamorfosis del objeto en sujeto poético y cómo éste, a través de la palabra, cobra vida:

“Sin moverme acudía. / Entonces de mí supe / la belleza de las cálidas letras / que me envuelven y acompañan”.

cómo habría de llegar MH a su vida para sacudirla, atravesarla con su voz y despertarla del letargo en el que parecía encontrarse después de la muerte de Andrés y del que, por sus propias palabras, sale gustosamente:

“Yo no quería que el recién llegado dijera mi nombre deleitándose en una creación de mayúsculas gallardas y sonoras.

-¡M-A-R-Í-A!- Como un grito que se envolviera en sí redondeando sus filos, o una voz lejana que se agudizara sin herir”. (nº47)

7. La ilusión de sentirse reclamada y correspondida por el ser querido:

“Entonces vivieron a mi mundo / sueños, ilusiones, esperanzas./ Entonces nacía ‘el rayo que no cesa’. / Y mis pequeños poemas, tristes, asustados. / Entonces...”

nos traslada de nuevo al punto de partida, *Cristales míos*, donde, como señala su autora tiene su origen una relación sentimental que encuentra su cobijo en el mundo mineral:

“En mi costado esta chispa de pedernal, caído sin dirección ni origen, ha formado un mundo de basaltos encendidos”. (nº37)

Mundo que ella conoce sobradamente no sólo por ser su cuna (La Unión), sino por dedicarse al estudio del mismo. Nace, entonces, el amor destructor, esa fuerza que la impele hacia el objeto deseado pero que se halla en encarnizada lucha con sus circunstancias: “el rayo que no cesa” (en minúscula).

Nacen, entonces, los sentimientos encontrados de algunas de las composiciones hermandianas esparcidas en los diferentes poemarios aparecidos hasta 1936. Surge la necesidad de materializar ese tormento para que en el vuelo poético se purifique el odio y la tensión del objeto amoroso inalcanzable, y algunos de ellos aparecen por vez primera después de una excursión con el matrimonio Conde- Oliver, realizada en la segunda quincena de agosto de 1935, en la que participaron tanto MH como MC.

Acabamos de alumbrar el sentido de aquellos versos contenidos en “Presencia...”. Acabamos de darnos cuenta de que lo que María nos legaba era un código cifrado de su relación con MH, que tiene su lectura final en *Cristales míos*. Una historia de sentimientos –de presencias- narrada, poetizada, retrospectivamente. A veces tenemos delante la respuesta a tanta suposición y en nuestra búsqueda de la prueba irrefutable, en ocasiones desaparecida o inexistente, nos negamos a aceptar lo que a todas luces es una muestra de nuestras suposiciones.

MC se identifica en la afirmación “y entonces nacía ‘el rayo que no cesa’ ” no sólo en la voz de MH como hombre, sino también en su expresión poética. Y estamos convencidos de ello por la estrecha relación de sentido entre “Un carnívoro cuchillo...”, “¿No cesará este rayo...?” y el catalogado como nº37 en *Cristales...* –mencionado líneas más arriba-, aunque su brevedad pueda parecer exigua para establecer isotopía alguna.

En lo que se refiere al texto de MH, si nos ajustamos a la edición de Altolaguirre (1936), después del análisis realizado por Sánchez Vidal (1993), podemos observar que, a diferencia de otros poemas, que provienen de versiones o libros publicados con anterioridad, estos que mencionamos –con algún otro de los que hablaremos más adelante- ven la luz por vez primera en *El rayo que no cesa* o, según señala el propio Sánchez Vidal (1993), en *Revista de Occidente* durante el mes de diciembre. Lo que nos lleva a pensar que:

- esas composiciones debieron surgir cuando el oriolano ya tenía constancia del libro de MC.
- entre ambos universos poéticos se ha visto propiciada la intertextualidad.

Es evidente -por la carta enviada a MC con la que abríamos esta disertación- que, en verano de 1935, MH ya tiene en su poder el poemario de la murciana.

Estableciendo las correspondencias oportunas, eliminando algunos términos del original hermandiano, comprobamos que la segunda de las cuartetos con las que se inicia *El rayo...*

“Rayo... crispado / fulgentemente caído, / picotea mi costado / y hace en él un triste nido /...”

posee los mismos elementos conceptuales que

“En mi costado esta chispa de pedernal, caído sin dirección ni origen...”, perteneciente a MC.

Llegando a estremecernos su parecido aún mayor en el caso del soneto que comienza “¿No cesará este rayo...?” (No debemos olvidar la dedicatoria que en uno de los manuscritos del mismo se puede leer: “Para mi queridísima María Cegarra, con todo el fervor de su Miguel Hernández”, aspectos citados por Ferris en su edición a la *Antología...*). O, igualmente cuando en él se habla insistentemente de “una terca estalactita... esta obstinada piedra”, aludiendo a su dureza y las inconveniencias para ser destruida, cuyo significado se encuentra excesivamente próximo al de “pedernal” o “basalto”, términos utilizados por MC.

A todo lo dicho, cabe añadir, finalmente, un fragmento de esa epístola de *Tránsito*: “¿Por qué no nos veremos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos men-drugos de mineral...”

Es innegable, por tanto, la influencia y la trascendencia de la vida mineral de este periodo creativo de MH, a la que MC indudablemente contribuyó, sin menosprecio de la ingente labor de los integrantes de la Escuela de Vallecas.

Pero MC parece querernos adentrar un poco más en esta relación al señalar:

“Te recuerdo en mi nombre / -aprendido de ti- /.../ Inconsumible, ingrávigo /...”

Y aquí cabría preguntarnos, ¿como “ese rayo que ni cesa ni se agota”?

Seríamos injustos si sólo nos quedásemos con la vertiente de una MC evocadora, por mucha incidencia que tuviera su posicionamiento vital en el universo hernandiano. Mencionábamos al inicio de esta comunicación a una mujer evocada en una epístola, en adelante hablaremos de las huellas depositadas en *El rayo...* por MC.

En la publicación de Pérez Álvarez, citada anteriormente, se hace hincapié en una relación sentimental que él apostrofa de “incuestionable”, al considerarse testigo y, probablemente, “cómplice” de la misma aunque hubiera de silenciar por respeto a Josefina Manresa y las declaraciones por ella vertidas. La falta de pruebas fehacientes es lo que ha hecho derivar las miradas de los críticos hacia otros objetivos más atractivos, relacionados con los integrantes de la Escuela de Vallecas, aunque subrayamos lo que indicábamos al principio: atreverse a depositar la exclusividad en un solo nombre nos parece en extremo arriesgado.

Dejando de lado la personalidad de MC, en la que concuerdan Giménez Caballero y Pérez Álvarez, la delicadeza mostrada por la escritora se pone de manifiesto tanto en las declaraciones a *La Verdad* de Murcia en 1978 (Pérez Álvarez, 35) como en la carta dirigida a Ramón el 28 de enero de 1979 donde señala que “las cartas de Miguel Hernández carecen de interés”.

Pero esa delicadeza queda diluida por las páginas si agudizamos el ingenio y nos trasladamos a *El rayo...* estableciendo las oportunas correspondencias, como hicimos en la primera parte de este comunicado. Esta vez aprovecharemos el mundo de MC, lo que ella ha dejado escrito y lo que han plasmado los que la conocieron, y buscaremos puntos de contacto entre el referente y la palabra poética de MH.

En busca, siempre, de un atisbo de luz allá donde la discreción y la ambigüedad de nuestra autora se hallaban presentes, hemos querido mostrar la coincidencia entre el poema publicado por Cegarra en 1979 y los sentimientos de la escritora hacia las fechas en que entre ambos mantuvieron relaciones en las que los afectos se hallaban a flor de piel; nuestro documento base ha sido *Cristales míos*. Obviamente la intensidad de dichos afectos no estaba equilibrada, ni por la edad ni por el carácter de la unionense.

Sin embargo, el poema al que nos referimos, que nos ha servido para instalarnos en los años treinta y contemplar la serenidad de la escritora en expresiones como “me hice de niebla... soñando que yo era, ardida y agitada, toda la nieve” o, en otro lugar del mismo, “¡Cómo me alegró la nieve! Creí que se enfriaba el mundo, y que -¡por fin!- se apagaba mi corazón” (“Recuerdos de la nevada” –fechado el 2 de febrero de 1934), nos sirve igualmente para conducirnos por alguno de los poemas de *El rayo...* Tal es el caso de “Soneto final”, donde los “arcángeles glaciales” son la causa de la desdicha del poeta y al parecer origen de “ese rayo que no cesa” “por difundir su alma en los metales”.

MC se sabe “nieve” y MH evoca esa gelidez del ser amado en los sonetos 5, 16, 21 y “Final”.

En la introducción a *Cristales míos*, Giménez Caballero (1935, 10) llama la atención del lector sobre el aspecto físico de su autora que, para significarla, la contrasta con el luto y con la pena:

“Apareció María. De negro, como toda aquella casa. Y blanca, como toda la casa aquella. Fina, concentrada, desvariada...”

Ese mismo aspecto capta la palabra poética de nuestro vate, en el objeto cantado en los sonetos 8, 9, 16 y 21, donde la evocación de la blancura se torna lírica en voces como “paloma”, “nardo”, “nácar”, “jazmín”, “espuma” –en el n.º 8; “nardo”, “garza” –en el n.º9; “nieve”, “plata”, “nata”, “canas” –en el n.º16; “blanco”, “nata”, “marfil”, “cisne”, “nieve”, “lacteada” –en el n.º21.

Otro ingrediente significativo sería el nombre completo de MC: María del Mar. Arena, playa, mar, olas, son algunos de los elementos que, con insistencia se vienen dando en el universo de *El rayo...* Desde el primero de los poemas deja bien claro qué función desarrollan cada uno de los amantes:

“...Tu destino es de la playa / y mi vocación del mar...”

Si, como menciona Pérez Álvarez (2003), las relaciones no fueron todo lo gratificantes o apasionadas que Miguel hubiera deseado, ese continuo vaivén o juego amoroso del mar con la orilla mostraría justamente el deseo del objeto inalcanzable, del amor inaccesible, como sucede en el soneto nº8:

“...A tu pie, tan espuma como playa, / arena y mar me arrimo y desarrimo...”

En el nº10:

“Como el mar de la playa a las arenas, / voy entre este naufragio de vaivenes / por una noche oscura de sartenes / redondas, pobres, tristes y morenas. / Nadie me salvará de este naufragio / si no es tu amor, .../ si no es tu voz, ...

En el nº19:

“Yo sé que ver y oír a un triste enfada / cuando se viene y se va de alegría / como un mar meridiano a una bahía, / a una región esquiva y desolada .../ Me voy... pero me quedo, / pero me voy, desierto y sin arena...”

En el nº21:

“Espero a que recaiga en esta arcilla / la lluvia con sus crines y sus colas, / relámpagos sujetos a las olas / desesperando espero en esta orilla”.

En el nº25:

“Por exasperado llego hasta la cumbre / de tu pecho de isla, y lo rodeo / de un ambicioso mar... / Pero tú te defiendes con murallas / de mis alteraciones codiciosas / de sumergirte en tierras y océanos”

¿Significa todo lo que acabamos de relatar que *El rayo que no cesa* tiene inspiración en esta relación, que una buena parte de ese poemario nació de la relación Hernández-Cegarra? Hay demasiadas coincidencias temáticas y hasta formales para afirmar lo contrario; una serie de correspondencias, las suficientes para sustentar la presencia de MC en sus páginas.

Independientemente de que la fuente inspiradora sea o no plural, Josefina Manresa no monopolizó el corazón de MH y, por lo tanto, tampoco sus poemas dedicados al amor. Para demostrarlo tenemos algunas razones:

Primera: la correspondencia manifiesta entre *Cristales míos* y *El rayo que no cesa*, particularmente con el que se comienza “En mi costado...” .

Segunda: el universo volcánico y el mundo mineral de la murciana es transmitido al contexto hernandiano.

Tercera: la tortuosa relación María-Miguel se llega a materializar en *El rayo...* en el nombre del propio objeto amoroso: Mar.

